

**Francisco de Quevedo, *Anacreón castellano*, ed. Elena Gallego Moya y J. David Castro de Castro, A Coruña, SIELAE, 2018, 561 pp. (ISBN: 978-84-09-07700-7)**

Aparece en 2018 una edición crítica del *Anacreón castellano* de Francisco de Quevedo, en edición impresa y digital (esta última como Anexo 11 de la revista Digital *Janus*, del importante SIELAE, Seminario Interdisciplinar para el Estudio de la Literatura Áurea Española, en A Coruña). Por las razones que argumentaré a lo largo de la reseña, me parece que esta edición de la profesora Elena Gallego Moya y del profesor J. David Castro de Castro está llamada a ser la edición de referencia de una obra muy difícil de editar. De hecho, en la copiosa y dilatada en el tiempo bibliografía quevedista solamente disponíamos de una edición crítica, la de José Manuel Blecua, que con justicia los autores valoran encomiásticamente, si bien la de ellos supone un paso adelante, a mí me parece que decisivo. En la conclusión de su estudio, los editores dan muestra de un equilibrio científico y humano muy necesario en los trabajos filológicos, puesto que conocen que toda mejora o avance se construye sobre los anteriores, sobre todo cuando, una vez vamos conociendo las enormes dificultades de la edición de esta obra, se puede valorar como verdaderamente importante la labor de Blecua, más destacable si pensamos en los escasos medios con que el investigador aragonés contaba al hacerla.

La primera reflexión de alcance científico y metodológico que me gustaría trazar a propósito de este *Anacreón castellano* es la necesaria interdisciplinariedad que, si debería estar en la base de todo estudio de Humanidades, se hace más necesaria en el caso de Francisco de Quevedo, y deviene obligada cuando se trata de editar el *Anacreón castellano*. SIELAE nació desde esa evidencia. Para editar a Quevedo como es debido es preciso el concurso de filólogos formados en Clásicas, con experiencia sólida en investigaciones de Latín y de Griego. Si eso ocurre en toda la obra de Quevedo, como ya mostraron las investigaciones pioneras de Bénichou-Roubaud o de Ettinghausen para las fuentes senequistas, recientemente se ha ido llevando a cabo de manera sistemática por varias investigaciones, entre otras las de Lía Schwartz, Sagrario López Poza y Francisca Moya del Baño; y por el Grupo de Investigación al que pertenecen los autores de esta edición, que se presenta como resultado de un Proyecto en el que han estado trabajando varios años y que ha tenido fruto en las ediciones paralelas de *España defendida* y *Lágrimas de Jeremías*.

Para editar el *Anacreón castellano* se precisa de amplios conocimientos de lenguas clásicas, pues es obra nacida en un momento muy particular de la bio-bibliografía de Quevedo, quien siempre se sirvió de fuentes literarias clásicas, sobre todo latinas, pero que se acentúa en los años entre 1608 y 1613, en que los autores cifran la escritura del

*Anacreón*, cuando el joven Quevedo estaba muy empeñado en demostrar sus conocimientos clásicos y gozaba ya con veinte y pocos años de reputación, pues el gran humanista belga Justo Lipsio lo calificó de *magnus decus hispanorum* en la correspondencia en latín que ambos mantuvieron. Tratándose de Justo Lipsio, uno de los grandes humanistas europeos, y de un joven de veinte y pocos años, no es baladí que se cartearan, lo que es también un indicio, según comentó Raimundo Lida (*Letras hispánicas*, 1958, p. 103), del afán de Quevedo por sobresalir y exhibir amplia cultura desde muy joven.

Precisamente ese topos crítico tradicionalmente tratado de la cultura clásica de Quevedo es uno de los muchos puntos de interés que tiene el estudio introductorio que encabeza esta edición. Como se sabe, Quevedo fue llevado por parte de entusiastas exegetas a un extremo políglota poco creíble, pero también por parte de otros, y no solo por Góngora (quien lo hizo a propósito de esta obra *Anacreón castellano*), su extensa cultura filológica fue cuestionada. Elena Gallego y José David Castro evitan maximalismos de uno y otro signo y lo hacen mostrando en lugares muy precisos eficaces conocimientos concretos que Quevedo poseía de la lengua latina, como también lagunas o descuidos, en especial de la lengua griega. Los autores resuelven la cuestión de la cultura de Quevedo del modo equilibrado que debe resolverse, que es el filológico, recorriendo lo que ha ido haciendo nuestro autor en cada caso, tanto de las fidelidades como infidelidades, que de ambas hay.

El elemento que me parece más novedoso y decisivo de esta edición crítica, aparte de la cuestión ecdótica, a la que me referiré luego, ha sido la opción de hacerla acompañar del texto de la edición que de las *Anacreónticas* publicara en 1554 Henricus Stephanus, Henri Estienne (muy similar al de 1556 y ediciones posteriores del propio Stephanus), así como haber tenido muy en cuenta las *Observationes* críticas de este humanista al texto griego. Presentan los autores para su edición, aparte del texto griego, las traducciones latinas de Stephanus (no tradujo todas las odas) y las de H. Andreas, que en 1556 editó el propio Stephanus con el título: *Anacreontis et aliorum lyricorum aliquot poetarum Odae. In easdem Henrici Stephani Observationes. Eaedem latinae*, Typis regiis, Parisiis, Apud Guil. Morelium, in Graecis typographum Regium et Rob. Stephanum. De tal forma que el lector tiene, junto al texto de Quevedo, y previo a él, en cada una de las odas, el texto griego de Stephanus y, casi siempre, dos traducciones latinas. Tal decisión permite que el lector actual visualice por él mismo la manera como Quevedo fue resolviendo cada paso filológico o poético, lo que permite valorar por vez primera en una edición filológica, que por tal califico de referencia, lo que realmente don Francisco iba haciendo, tanto en sus fidelidades como en sus licencias. A eso se añade un caudal enorme de notas críticas, aparte de las ecdóticas, en las que los editores van comentando tanto lo que Stephanus y Andreas hicieran (para lo que hay que saber bien las lenguas griega y latina) como lo que hizo Quevedo con el texto

de Anacreonte. Es tal el cúmulo de información que tales notas proporcionan cuando se hacía precisa alguna aclaración o glosa, que puede decirse que no hay vocablo, verso, puntuación o ambigüedad, que necesitara comentario, que no haya merecido atención por los editores, quienes, por otra parte, han tenido en cuenta la bibliografía quevedista más solvente. Me atrevería por ello a declararla edición modélica y, si lo hago, es con la seguridad de que cualquiera que la trabaje concluirá que no exagero.

En cuanto a ediciones, uno de los varios Apéndices que la enriquecen es la reproducción tanto de la traducción latina que publicara Lubinus en 1597 (*Anacreontis lyricorum poetarum festivissimi quae restant carmina, cum interpretatione Eilhardi Lubini, ita ut versus versui et verbum verbo respondeat*) como la traducción francesa que en 1556 publicara Belleau (*Les Odes d'Anacreon Teien, traduites de Grec en Francois par Remi Belleau de Nogent au Perche, ensemble quelques petites hymnes de son invention*). De ese modo el lector actual tiene a mano todas las ediciones que con seguridad son seguidas (algunas citadas por el propio Quevedo en sus glosas), lo que permite un seguimiento filológico punto por punto, que añade incluso campo abonado para estudios futuros de traductología.

Una edición crítica como la presente tiene su desafío mayor en la fijación del texto, cabría decir de los textos, pues hubo revisiones posteriores a la primera, que salió de la pluma de Francisco de Quevedo. En este punto la edición que reseñamos vuelve a ser de referencia. La opción más sobresaliente es haber decidido primar el manuscrito que nombran N, hallado en la Biblioteca Nazionale de Nápoles, que ya Blecua, que había seguido como base otro manuscrito, el nombrado A de la Biblioteca Nacional de Madrid, pudo tener en cuenta parcialmente en la primera edición crítica que recibió esta obra, si bien ahora se han resuelto todas las dificultades de lectura que el manuscrito napolitano ofrecía. Es un manuscrito en el que los autores reconocen tres manos, atribuyendo sin dudar una de ellas al propio Quevedo. Esta opción se justifica, en principio, por ser el único testigo que tenemos del conjunto de traducciones que aporta Quevedo a un número importante de textos griegos y latinos presentes en los comentarios, y que no se encuentran en ningún otro manuscrito de la decena de testimonios que los autores han tenido en cuenta y estudiado detenidamente para el trazado de su edición; pero, sobre todo, por la bondad de sus lecturas, que son avaladas por los textos grecolatinos. Es importante destacar que esta edición crítica no sigue, por tanto, una hipótesis de discutible genealogía, sino que se cifra y justifica en haber elegido un manuscrito que ofrece la más completa versión manuscrita que ha podido conocerse de la obra. Para ello los autores llevan a cabo una importante labor de análisis tanto de las ediciones anteriores, como son entre otras las de Fernández Guerra, Astrana Marín y Felicidad Buendía, que por meritorias que resultasen en algún caso (no en todos), apenas se limitaban a reproducir el manuscrito A de Madrid, sin tener en cuenta, como aquí

se han tenido, aparte del elegido de Nápoles, los otros tres que se encuentran en las Biblioteca Nacional de Madrid, el manuscrito B, el C, procedente de la Biblioteca de Pascual de Gayangos o el D, procedente de la Biblioteca del Duque de Uceda. A esos manuscritos madrileños suman los autores la descripción, consulta y estudio de los que se hallan en la Biblioteca Pública de Évora, el del British Museum de Londres y el de la Biblioteca de la Fundación Bartolomé March. No hay, por tanto, manuscrito conocido hasta el momento que los autores no hayan descrito, estudiado, revisado, y lo que es más importante: cuando ha habido algún elemento de interés lo han incorporado al ingente cuerpo de su anotación, tanto de las variantes textuales que cada manuscrito ofrecía, como de aclaraciones de lectura, sobrelecturas o diversas interpretaciones que las traducciones y comentarios de Quevedo (pero también de los otros humanistas editores, como Stephanus o Andreas) iban añadiendo a la creación anacreóntica.

Por cuanto he dicho, que podría ampliarse con la mención del generoso caudal de anotaciones concretas que recibe cada verso, puede afirmarse que es muy poco común encontrar un texto de literatura clásica española editado con igual rigor y exhaustividad. Quizá este haya sido el beneficio mayor del concurso de filólogos formados en las tradiciones editoras de los textos griegos y latinos. Quevedo se sentía Humanista, y el modo mejor de revelar tal dimensión es editarlo como un gran clásico.

José María POZUELO YVANCOS  
Catedrático de Teoría de la Literatura  
y Literatura Comparada  
Universidad de Murcia